ADAM, EL ROJO

Por RUBÉN CALDERÓN BOUCHET (*)

En la tribu de Jub, el gran jefe chimpancé, el nacimiento de un ejemplar totalmente colorado, fue un poco escandaloso. Es verdad que existía una leyenda transmitida de padres a hijos donde se anunciaba que el nacimiento de un mono rojo traería grandes complicaciones para la raza. Pero como nadie se detuvo a reflexionar cuál podría ser el género de tales complicaciones la profecía no prosperó y cuando el suceso efectivamente advino, la mayor parte de los monos se contentó con tomar el asunto un poco a la chacota y todo concluyó con algunos bofetones equitativamente repartidos por Jub entre sus súbditos para que tuvieran en cuenta el respeto debido a uno de sus hijos.

Pero un chimpancé rojo no es asunto de risa y los mejor informados recordaban haber oído decir a los antiguos que el hombre nacería de uno de ellos y que con él comenzaría una larga historia de crímenes y conflictos cuyo imprevisible final no se atrevían ni siquiera a vislumbrar.

La hembra de Jub, madre del intruso, no parecía muy contenta y hasta habló de tirarlo al río para evitar las miradas sardónicas de las monas que parían, como venía indicado por la especie, vigorosos ejemplares de chimpancés tan negros como sus antepasados. Jub no quiso saber nada de una decisión tan sombría y luego de haber tirado rudamente de las orejas de su cónyuge, trató de hacerle entender que era un mal ejemplo para la tribu que la compañera del jefe diera muerte a uno de sus hijos.

–Lo llamaremos Adam –rezongó–, que quiere decir el rojo, y con este nombre damos por terminado este enojoso problema.

–No te olvides que Adam también quiere decir hombre –susurró ella– y hay leyendas siniestras con respecto al futuro ecológico de estos bichos.

(*) Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza).

–¡Vamos, vamos! –trató de serenar Jub–. Para poder ser hombre hay que tener el complejo de Edipo y no creo que este menesteroso rojillo llegue alguna vez a tener fuerzas como para matarme.

Con esa segura tranquilidad propia de un buen mono, se dio con impertérrita firmeza a la tarea de recoger frutos y alguna que otra oruga para hacer menos monótona su dieta.

Sobre esa época hay pocas informaciones y aquellas que trae la Biblia tienen el evidente propósito de favorecer el partido clerical y hacer quedar al evolucionismo científico como un prejuicio totalmente desalentado por los hechos. Adam presentía que con él comenzaba la historia y terminaba para siempre esa era que más adelante, ya viejo y poco apretado por el estrés, él mismo adornaría con los colores de un paraíso perdido. Digamos para ser fieles a la verdad, que la etapa zoológica de la vida de Adam terminaba en la tierra de nadie de una gran insatisfacción vital y en medio de las más negras premoniciones acerca de un futuro, que todavía no había descubierto la palabra para designarlo con precisión.

Como todo esto le trajera un fuerte dolor de cabeza, fue a consultar a la Serpiente, que tenía fama de ser algo bruja y hasta un poco adivina, por su forma enroscada de concertar las frases.

–Mirá, Adam –le dijo haciéndose un ovillo–, no me gusta oficiar como bicho de mal agüero, pero indudablemente tu destino es trágico. Nunca llegarás a ser un hombre cumplido si no adquieres el complejo de Edipo y te conviertes en un agiotista acaparador de gusanos y nueces. Tu destino es ése: arruinar la economía de los monos introduciendo el monopolio, la usura y las finanzas y luego llenarte de remordimientos para que tus negocios no aparezcan en un ámbito triunfalista. Creo que debes matar a tu padre Jub y sobre su memoria erigir un culto de lamentos que te dé buena conciencia y permita a tus sucesores recordarte en el sahumerio de una luctuosa compasión. De esta manera darás crédito a lo que digan de ti Marx, Freud y otros profetas que descubrirán tu verdadera historia.

Adam no entendió mucho, pero la idea de matar a Jub y acaparar la cosecha de ese año, parecía rimar con un sentimiento que recién comenzaba, pero que adquiría más fuerza a medida que crecía la conciencia de su singularidad. Por ese tiempo conoció a Eva, una de las monas más bonitas de la tribu de Jub y como ella no quería de ninguna manera entrar en relaciones con un mono rojo, aprovechó la escasez de comida y ofreció a los padres de Eva una parte de lo que había acaparado a cambio de la hija.

–Vivirán de mis costillas –les aseguró–, y aunque esto dé lugar a un equívoco que aprovecharán los clérigos del futuro, estoy dispuesto a tomar a Eva como compañera y fundar con ella la humanidad, pese a todos los inconvenientes que esta fundación traiga para la ecología.

Eva fue rigurosamente teñida de rojo y como se contemplara, no sin complacencia, en la superficie cristalina de un arroyo, tomó la costumbre de pintarse y desde ese momento se sintió la abuela primordial de todas las modelos que honrarían los lechos de los poderosos.

El asesinato de Jub le costó un poco más, pero como era rico y había mucho hambre entre los monos, le fue fácil, por unos pocos dátiles, contratar un par de angurrientos que lo liquidaron, entre gallos y media noche. Cuando aquéllos anunciaron el amanecer, como era su costumbre, Jub colgaba alto y corto de lo alto de la rama de un robusto roble. Ya sin el padre y con algunos remordimientos, se sintió un poco más seguro en su humanidad. La continua presencia de un progenitor mono lo humillaba bastante y Adam presentía que una auténtica revolución tenía que empezar todo a fojas uno.

Fue mucho más adelante y cuando ya habían nacido los primeros hijos de su matrimonio con Eva, cuando Adam notó que eran mucho más pelados que él.

–Parecen gusanos –se quejó ante su compañera, inaugurando la costumbre de acusarla de cualquier cosa extraña que notaba en la prole–. ¿No les habrás puesto alguno de esos ungüentos que usás para parecer colorada?

–No –gruñó Eva–. Vos también estás mucho más pelado que antes y supongo que es tu maldita costumbre de pensar todo el día en jorobar a los monos y acaparar provisiones lo que te hace caer el pelo.

Adam, con el tiempo se había acostumbrado a soportar las impertinencias de Eva, de modo que aceptó la acusación sin mostrar signos de protesta. Pensó que era un poco inútil razonar con ella sobre algo que pertenecía al futuro de la humanidad y decidió, en su fuero íntimo, visitar de nuevo a la Serpiente.

La encontró, como siempre, enroscada en la rama de un árbol y haciendo como que dormía pero vigilándolo todo desde la órbita móvil de sus ojos bizcos.

–Quisiera saber –tartamudeó Adam– ¿por qué razón mis hijos salen tan desguarnecidos de pelambre, tan indefensos ante los rigores del clima? ¿Es un síntoma de su humanidad o hay alguna razón virósica que lo explique?

–No te anticipes, Adam –respondió la Serpiente–, todavía no he inventado los virus. Lo que pasa es que tus hijos, si bien se parecen a ti por el origen, tienden a parecerse un poco a mí por la influencia que he tenido en tus decisiones. No te olvides, Adam, que Dios hizo a los monos y les dio por morada la jungla con todos los alimentos al alcance de la mano. Pero yo te he hecho a ti un poco a mi imagen: retorcido, ambiguo, acaparador y preocupado, y lo hice así para que echaras a perder la obra del Creador e hicieras de la Tierra casi un infierno. Todavía no lo has logrado, pero lo harás con toda seguridad en el futuro y gracias a los consejos que te daré en sus debidas oportunidades.

Adam se rascó la mollera como si le costara entender lo que decía la Serpiente y advirtiera en la gratuidad de su maldad una incoherencia monstruosa: ¿Acaparar alimentos? No era en sí mismo algo malo y si se pensaba en

todas las cosas que había obtenido gracias a sus ahorros, hasta se podía pensar en el valor intrínseco del agiotismo. Pero la Serpiente lo desconcertaba un poco, había en su inteligencia un deseo de dañar que destruía cualquier cálculo y colocaba su previsión en una zona de designios que no alcanzaba a comprender.

–Siempre has de ser imbécil, Adam –murmuró la Serpiente–. Tienes necesidad de querer justificar todo lo que haces como si buscaras satisfacer tu conciencia, dando a tus propósitos un valor que no tienen. Cuando contemplo en perspectiva todas las abominaciones que cometerá tu raza, no deja de admirarme la persistencia de ese sentimiento. Aún mis profetas preferidos; Marx, Freud, Stalin y Mao caen en la inocente manía de hallar un fin feliz para todas sus atrocidades. No cabe duda, Adam, la carne es débil y uno de los aspectos más vulnerables del hombre, pero es tierna y sensual, le gusta adormecerse en la voluptuosidad que los espíritus puros no conocen ni precisan. Cuando Dios hizo al hombre de la carne concupiscente de los monos metió en el espíritu esa ambigüedad que me desazona un poco y no termino de comprender.

Realmente –concluyó– el hombre es un bicho deprimente, tanto para Dios que trató de hacerlo bueno como para mí que traté de corromperlo. Si allende la historia existe el cielo, es que Dios los ha convertido en otra cosa. Personalmente los espero en el infierno, donde el mal recupera todo su prestigio y no se mezcla más con esa lacrimógena exigencia de bondad.

Como siempre que consultaba a la Serpiente, Adam se sentía reconfortado en sus malas previsiones, pero, al mismo tiempo, dolorido en su amor propio por el desprecio que advertía en sus retorcidos consejos. Se consoló pensando en lo que le había dicho Eva: una de mis descendientes le aplastará la cabeza. En medio de todo era un presagio que satisfacía ambas corrientes de su espíritu: la mala y la buena. Sonriente se metió en una cueva donde había amontonado muchas provisiones y se quedó en éxtasis contemplando sus tesoros y acariciando la imagen de una serpiente con la cabeza reventada.

En realidad pensaba que la serpiente siempre tenía razón, pero esta conclusión, lejos de satisfacerlo, acrecentaba su envidia secreta y aumentaba el caos de sus cavilaciones. En el fondo le hubiera gustado ser tan simple como su padre Jub, pero indudablemente el Diablo había metido su dedo en los entresijos de su alma y le había complicado la vida de tal manera que le resultaba imposible dar con soluciones claras y precisas. Comprendía que las futuras explicaciones de Darwin, Marx y Freud eran retornos en la prístina diafanidad de los buenos instintos, pero al mismo tiempo reconocía que todas ellas tropezaban con ese fondo torcido que el futuro peticito Sartre encontraría semejante a una náusea.

Se durmió en el fondo de su cueva y tuvo un sueño apocalíptico en donde le pareció ver desfilar toda la historia de su estirpe: desde su caída en el foso

de la perplejidad, los esfuerzos de Cristo por hacerle vislumbrar la posibilidad de una redención espiritual que lo colocara para siempre en el ámbito de los seres angélicos y sus constantes retornos a las náuseas, para terminar depravándolo todo, hasta la misma Gracia con la que Cristo creyó levantarlo sobre su condición de naturaleza caída.

Cuando despertó quedaba una imagen clara en su entendimiento: soy un mono –se dijo– pero no un mono cualquiera, soy un mono degenerado y mi faena es ante todo, antiecológica: destruir la naturaleza y, en donde hubo bosques, arroyos, animales y aire puro, crear un inmenso basurero de cadáveres, humo y mierda y en donde se pueda leer clarmente: SE VENDE, sin saber nunca quién lo podrá comprar.